

La inestabilidad de la desigualdad

Nouriel Roubini

ESTE AÑO se ha caracterizado por una ola global de descontento e inestabilidad política y social, que ha ocasionado que la gente salga en masa a las calles reales y virtuales: la primavera árabe; los disturbios en Londres; las protestas de las clases medias de Israel contra los elevados precios de las viviendas y la presión inflacionaria sobre los estándares de vida; las protestas de los estudiantes chilenos; la destrucción en Alemania de los coches de lujo de los “ricos”; el movimiento en la India contra la corrupción; el creciente descontento por la corrupción y la desigualdad en China; y ahora, el movimiento de los “indignados” de Wall Street en Nueva York y en todos los Estados Unidos.

Si bien estas protestas no tienen un tema único, expresan de diferentes maneras las serias preocupaciones por el futuro de las clases medias y trabajadoras del mundo ante la creciente concentración de poder entre las élites económicas, financieras y políticas. Las causas de sus inquietudes son evidentes: un alto nivel de desempleo y subempleo en las economías avanzadas y emergentes; educación y capacitación inadecuadas para los jóvenes y trabajadores que compiten en un mundo globalizado; un resentimiento debido a la corrupción, incluidas las formas legalizadas como el cabildeo; y un aumento abrupto en los ingresos y la desigualdad en la distribución de la riqueza en las economías avanzadas y emergentes de rápido crecimiento.

Por supuesto, el malestar de tantas personas no se puede reducir a un solo factor... Un cambio tecnológico que privilegia a las personas calificadas; efectos de concentración; un surgimiento rápido de disparidades en el ingreso y la riqueza en las economías con crecimiento acelerado, pero que antes fueron de bajos ingresos; y una imposición fiscal menos progresiva.

El aumento del apalancamiento de los sectores público y privado y las burbujas de crédito y de activos relacionadas son, en parte, el resultado de la desigualdad. En Europa, el desfase se cubrió con servicios públicos —educación y servicios de salud gratuitos, etc.— que no se financiaron del todo con los impuestos, estimulando así la deuda y el déficit público. En ambos casos, los niveles de deuda se volvieron insostenibles.

Las empresas en las economías avanzadas ahora están

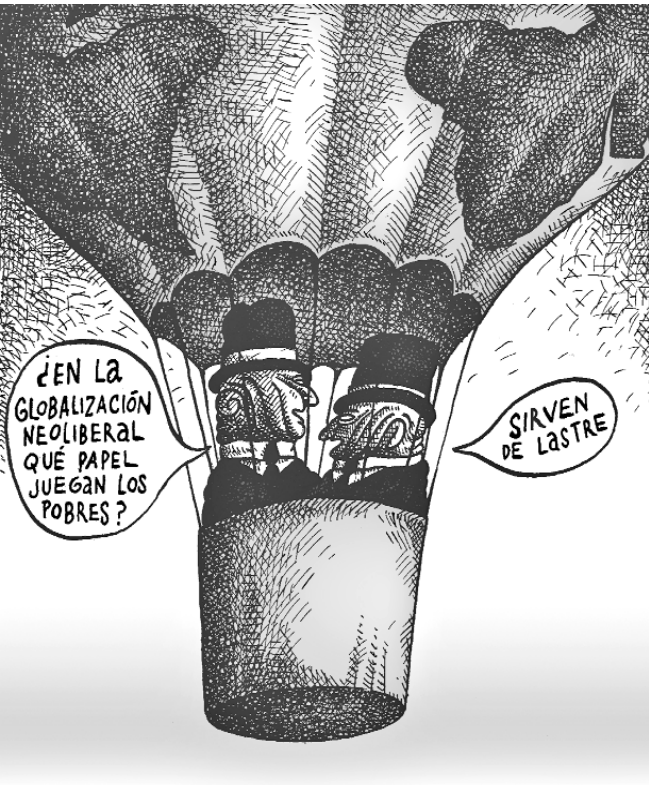
recortando empleos debido a una demanda final insuficiente, que ha conducido a un exceso de capacidad, y a la incertidumbre sobre el futuro de la demanda. Sin embargo, reducir empleos debilita aún más la demanda final porque disminuye los ingresos laborales e incrementa la desigualdad. Puesto que los costos laborales de una empresa son los ingresos y demanda laboral de alguien más, lo que para una compañía es racional es destructivo para el conjunto. El resultado es que los mercados libres no generan la suficiente demanda final.

El problema no es nuevo. Karl Marx tenía razón al decir que la globalización, el capitalismo financiero descontrolado, y la redistribución del ingreso y de la riqueza, del trabajo al capital, podrían llevar el capitalismo a la autodestrucción. Como él señalaba, el capitalismo desregulado puede originar brotes regulares de exceso de capacidad, un consumo insuficiente, y la recurrencia de crisis financieras destructivas que estaban alimentadas por burbujas de crédito y subidas y bajadas de los precios de los activos.

Incluso antes de la Gran Depresión, las clases burguesas iluminadas de Europa reconocían que para evitar la revolución había que proteger los derechos de los trabajadores, mejorar las condiciones laborales y salariales y crear un Estado de bienestar para redistribuir la riqueza y financiar los bienes públicos —educación, servicio de salud y una red de seguridad social. El impulso para alcanzar un Estado de bienestar moderno cobró fuerza después de la Gran Depresión cuando el Estado asumió la responsabilidad de la estabilización macroeconómica —un papel que requirió mantener una clase media amplia con el aumento de la oferta de bienes públicos, mediante una imposición progresiva del ingreso y la riqueza y la promoción de las oportunidades económicas para todos.

Así pues, el surgimiento del Estado de bienestar social fue una respuesta (a menudo de las democracias liberales orientadas al mercado) a la amenaza de las revoluciones populares, el socialismo y el comunismo a medida que aumentó la frecuencia y severidad de las crisis económicas y financieras. Siguieron tres décadas de estabilidad económica y social, desde los años cuarenta hasta los setenta, período en el que la desigualdad disminuyó abruptamente y los ingresos medios aumentaron rápidamente.

Algunas de las lecciones sobre la necesidad de una reglamentación prudencial del sistema financiero se perdie-



ARES.

ron durante la era de Reagan y Thatcher, cuando se creó la tendencia a la desregulación masiva debido, en parte, a las fallas del modelo de bienestar social europeo. Esos defectos se reflejaron en un aumento de los déficits fiscales, una reglamentación exagerada y una falta de dinamismo económico que condujo al crecimiento esclerótico de entonces y a la crisis actual de la deuda soberana de la eurozona.

Cualquier modelo económico que no aborde adecuadamente la desigualdad se enfrentará en última instancia a una crisis de legitimidad. A menos que se recupere el equilibrio entre las funciones económicas relativas del Estado y los mercados, las protestas del 2011 se agravarán y la inestabilidad política y social perjudicará el crecimiento económico y el bienestar social a largo plazo. **(Fragmentos tomados de La Opinión)**

Nouriel Roubini, director de Roubini Global Economics, es profesor de Economía de la Stern School of Business de la Universidad de Nueva York y coautor de Crisis.

KOSOVO Y LIBIA

Dos películas y un mismo guion

ALIANA NIEVES QUESADA

HAY QUIENES no ven más que analogías entre la intervención militar de la OTAN en Kosovo, en 1999, y la que actualmente tiene lugar en Libia. A priori, la cuestión parece obvia, al menos así lo reflejan la mayoría de los medios de comunicación: la alianza atlántica intervino en los Balcanes para detener la limpieza étnica, que supuestamente llevaba a cabo el entonces presidente yugoslavo, Slobodan Milosevic, contra los albaneses que habitaban la región. La solución fue bombardear la zona para detener las atrocidades que se producirían de no hacerlo. La invasión en Libia también estuvo respaldada por “nobles” intenciones. Ante la represión local era necesario proteger a los civiles lanzando cohetes hacia escuelas y hospitales.

Pero más allá de estas similitudes no velescas, existen otros lazos que unen las dos guerras a pesar de los 12 años transcurridos entre una y otra. Según el politólogo estadounidense Noam Chomsky,

momentos antes de la agresión a Yugoslavia, observadores de la OTAN y la ONU coincidieron en que no había un solo informe presentado en el periodo comprendido entre finales de noviembre de 1998 y vísperas de la guerra, que mencionara graves delitos cometidos por Belgrado contra los albaneses, ni tampoco existió un solo caso que se refiriera a incidentes o delitos de genocidio. Por el contrario, en los informes se registró que, teniendo en cuenta los ataques del Ejército de Liberación de Kosovo, cada vez más frecuentes contra el Gobierno serbio, la ley fue aplicada con moderación y disciplina.

Expone Chomsky que hubo enormes “diferencias de percepción” entre lo informado por las misiones en Kosovo a sus respectivos gobiernos y lo que luego se divulgó a los medios de comunicación y al público. Por esta razón, hasta el 20 de marzo de 1999 no había ningún motivo para la intervención militar, lo que hizo ilegítimas las medidas adoptadas posteriormente por la comunidad internacional.

No obstante, en aquel momento invadir Kosovo representaba también la posibilidad de desmembrar Yugoslavia, una nación ubicada en el corazón de Europa, que mantenía históricos vínculos con Rusia y mostraba al mundo una alternativa de gobierno diferente a la de su entorno.

Fue por ello que la OTAN ignoró al Consejo de Seguridad, previendo que Rusia vetaría la agresión, y desplegó su ataque de forma unilateral, sin apoyo de ninguna organización internacional.

En Libia se reeditó el guion; incluso no importó que el presidente Gaddafi gozara de la gracia de Occidente, numerosos son los testimonios gráficos que inmortalizaron las sonrisas compartidas con los principales líderes de las naciones de la Alianza Bélica antes de la agresión. Pero la OTAN utilizó el silencio de Rusia y China en el Consejo de Seguridad, e inició su intervención, con la cual fue develando sus verdaderas intenciones mediante el asesinato de civiles y la destrucción de gran parte de la infraestructura de la nación.

En síntesis, el aparente propósito de proteger a la población libia se convirtió en una intervención militar extranjera de considerable magnitud contra ese mismo pueblo. Paradójicamente, la fuerza que ocupó Trípoli estuvo integrada, entre otros, por militantes libios de Al Qaeda entrenados y apoyados por tropas especiales estadounidenses.

Con la destrucción del país africano, la OTAN hirió de muerte a la nación más desarrollada del continente, provocó el caos interno y garantizó que el próximo gobierno le retribuya este gesto mediante el control de los grandes yacimientos petrolíferos del país.

Situación similar es la que se experimenta hoy en Kosovo. Al tener presencia en los Balcanes, las fuerzas occidentales garantizan el acceso al Mar Negro y acechan desde cerca a Ucrania y Rusia. El Mediterráneo y Oriente Medio también se encuentran en el horizonte próximo y como si fuera poco, Estados Unidos y la Unión Europea están interesados en promover el proyecto Nabucco, un gasoducto por el cual fluiría gas desde el Mar Caspio hasta el centro de Europa.

Sin embargo, en ambos casos la OTAN desvía la vista de las violaciones a los derechos humanos que se producen en las tierras “rescatadas” por sus tropas. Cada vez son más evidentes las pruebas de la existencia de una organizada red de tráfico de órganos que implica tanto a las fuerzas albanesas como a los independentistas de Kosovo.

En Libia, curiosamente, aumentan a diario los ataques racistas. ¿Las víctimas? La minoría negra, sección que constituye un tercio de la población del país. Pero esta limpieza étnica no preocupa a la alianza, la misión ya está cumplida.